

Trascender la Bitácora

GABRIELA
CALDERÓN*

**Egresada de la Licenciatura en Mercadotecnia. Alumna de la Maestría en Educación y Procesos Cognoscitivos del ITESO. Actualmente es profesora de asignatura del Departamento de Procesos de Intercambio Comercial de esta misma institución y asesora educativa en el nivel preescolar. Correo electrónico: avella@iteso.mx*

Hace un par de meses conversaba con una conocida mía que, al igual que yo, ha encontrado en la docencia un estilo de vida. Como puede suponerse, en la conversación surgieron diversos temas educativos; sin embargo, mi interlocutora mostró particular interés por saber en qué consistía el proceso de recuperación e intervención de la práctica educativa.

En la actualidad curso una maestría en educación, y la intervención de la práctica es uno de los principales aspectos del programa, de modo que me sentí con la suficiente experiencia para poder ofrecer una explicación acerca de lo que implica recuperar e intervenir la práctica. Cuando hube terminado, ella sonrió y dijo: “¡Claro! yo también llevo una bitácora”.

Es probable que la reacción de la mayoría de los maestros que no hayan estado inmersos en un proceso de recuperación e intervención de la práctica, sea similar. El proceso mismo, por lo menos para el observador, podría ser visto como algo muy similar a llevar una bitácora: tomar nota sobre los temas revisados, registrar la calendarización de las sesiones o escribir ocasionalmente alguna reflexión.

He de admitir que yo misma tenía una idea muy precaria de lo que implicaba dicho proceso, hasta que decidí experimentarlo. Esta concepción errónea se debe a que el proceso de recuperación e intervención no puede comprenderse en su totalidad hasta que el docente lo experimenta.

Como resultado de mi experiencia personal puedo asegurar que cuando un docente decide

transformar su método de enseñanza, nunca puede imaginar las aportaciones que brinda este proceso. Pero realizar la recuperación e intervención de la práctica implica enfrentarse a diversas dudas, a la frustración y a la incertidumbre; y no es mi intención desalentar a aquellos docentes que consideran transformar su enseñanza, pero me parece pertinente develar algunas de las vicisitudes que tal vez pudieran enfrentar en el proceso.

La importancia de los hechos

Cuando un docente decide iniciar un proceso de recuperación e intervención de la práctica educativa, debe afrontar el hecho de que para lograrlo deberá darse a la tarea de registrar sus clases. No quiero decir con esto que con sólo elaborar registros el docente podrá transformar su enseñanza, empero, el registrar es la primera etapa del proceso.

Pero ¿qué implica registrar? Registrar implica poner por escrito todo aquello que sucedió en clase: conversaciones entre alumnos, el diálogo del docente con su grupo, la comunicación no verbal que fue observada o incluso el acomodo físico del salón, son algunos de los aspectos que pueden ser anotados.

El objetivo es describir lo que sucede en el aula, por lo que conviene que los registros elaborados por el profesor sean lo más detallado posible. Debido a ello, el docente puede hacer uso de algunas herramientas, tales como videograbaciones, la ayuda de algún observador externo que tome notas



de lo acontecido, o incluso las mismas notas del docente en relación con los hechos.

En mi experiencia personal el primer dilema al que me enfrenté fue el de la necesidad de registrarlo todo. Me cuestioné varias veces si la tarea de llevar registros era absolutamente necesaria, antes de comprender la importancia que esto tiene en la intervención de la práctica. Si lo que interesa como docente es transformar la propia docencia, ¿por qué registrar los hechos, por qué invertir tiempo en algo que ya sucedió? Y me refiero a invertir tiempo en la transcripción de los hechos.

Quien alguna vez se ha visto en la necesidad de transcribir alguna conferencia o entrevista sabrá de lo que estoy hablando. Registrar una sesión de clase requiere horas, que las más de las veces parecerán interminables. En mi proceso, he de admitir, en ocasiones estuve tentada a elaborar un análisis detallado de mi práctica después de sólo haber visto el video, ejercicio que, como posteriormente descubrí, no era suficiente para realizar un análisis profundo.

Son los hechos los que precisamente forman un eje importante en el proceso de intervención de la práctica. Para transformar e innovar es necesario remitirse a ellos. Aunque en un inicio describir los hechos parecerá una labor carente de sentido, ¿por qué no sólo recordar lo acontecido?, ¿por qué no confiar en la memoria y realizar algunas anotaciones relevantes? Si se cuestiona esto se podrá comprender, en cierta medida, la frustración sentida por la mayoría de los docentes al iniciar un proceso de intervención.

Transformar la memoria en algo tangible

Cuando se ha estado presente en alguna conferencia y se ha podido observar al ponente mientras dirige su discurso al público, es difícil resistirse a realizar algún comentario acerca de lo que está sucediendo. Comentar con algún colega diversos aspectos de la ponencia, desde qué tan atrayente resulta el tema de exposición, hasta incluso algunos aspectos relacionados con el lenguaje corporal del conferencista o su tono de voz.



“Lectura”, A. Porres, 2005. Concurso de Fotografía Digital INICO.



Si usted se ha encontrado en esta situación, deberá reconocer que ha podido realizar comentarios con relación a lo observado gracias a que está observado el hecho con detenimiento. La elaboración de un registro permite al docente observar lo que ha sucedido en el aula y contrastarlo con lo que él recuerda que sucedió.

El registro permite al docente ir más allá de la memoria inmediata, de las percepciones y de lo subjetivo. Porque, me he de permitir decirlo, considero que en la mayoría de los casos lo que el docente recuerda que sucedió es sólo una mínima parte de lo que en verdad aconteció. Yo misma decidí llevar a cabo un sencillo experimento en torno a esto en una de mis clases, e hice anotaciones de lo que recordaba que había sucedido y posteriormente, comparé esa bitácora inicial con lo observado en el video. Me sorprendió la cantidad de datos que omití o modifiqué porque no recordaba con precisión lo acontecido.

Bien, pues la finalidad de realizar registros es poder objetivar la práctica, convertirla en algo tangible y susceptible de ser revisado con detenimiento. Este ejercicio facilitará llevar a cabo un análisis profundo de lo que acontece en el aula, desde las interacciones y acciones, hasta el estilo docente. Y una vez que el profesor ha convertido su práctica en algo susceptible de ser revisado, podrá continuar entonces con la siguiente etapa del proceso.

Contemplar la desnudez en el espejo

Una vez que el docente ha comprendido la importancia de registrar los hechos, y ha superado la resistencia inicial a hacerlo, no estará exento de toparse con algunas dificultades, y con esto me refiero a que la segunda etapa del proceso de intervención enfrenta al docente a su propia desnudez.

Una vez hecho el registro, el docente experimentará la incertidumbre de qué hacer con tal cantidad de información. Desde mi propia experiencia admito que es desconcertante tener a la mano cincuenta o más páginas de registros y no saber qué hacer con ellas. Mi principal preocupación cuando llegué a este punto en mi proceso fue definir por dónde comenzar a abordar lo ya transcrito. Pues bien,

el autodescubrimiento y la reflexión se harán presentes en esta etapa.

Uno de los placeres de revisar un registro es descubrir lo que subyace al hecho: poco a poco van surgiendo acciones, patrones, un estilo, una estrategia o una intencionalidad de lo que sucede en clase. Una de las mayores aportaciones que los registros me brindaron, fue el descubrimiento del uso de la pregunta como algo característico de mi práctica. Me permitió profundizar no sólo en los tipos de preguntas que hacía, sino en su intencionalidad e incluso en el verdadero efecto que las mismas tienen en el aprendizaje de mis alumnos.

Si el docente tiene la capacidad de profundizar lo suficiente y enfrentarse a sí mismo, se puede desentrañar de entre toda esa telaraña de datos de los registros, los ideales, temores y paradigmas del docente. Un paradigma que yo descubrí en mi proceso se basaba en la premisa de que las preguntas que verdaderamente podrían incidir en el aprendizaje de mis alumnos eran aquellas que yo dirigía, lo que me hacía omitir por completo la utilidad de las preguntas de mis estudiantes. Empero, nunca me di cuenta de ello hasta después de haber estado inmersa en este proceso de reflexión constante que implica la intervención de la práctica.

Porque he de decir que verse reflejado uno mismo en un registro es como contemplar la propia desnudez ante un espejo y observarse de forma crítica. Es aquí donde la frustración da paso a la incomodidad; la expresión corporal, las estrategias utilizadas y los resultados obtenidos, serán algunos de los aspectos que el docente podrá desmenuzar con detenimiento.

Y es que el docente planea cuidadosamente su sesión, toma en cuenta la cobertura del programa, tal vez algunos consejos pedagógicos aprendidos en algún curso de actualización, y se presenta a clases. Se cubre el tema, los alumnos participan, las estrategias fueron utilizadas, el objetivo está cumplido. La pregunta es ¿lo está?, y es que en determinado punto de la revisión de los hechos, uno se da cuenta de que lo que sucede en el escenario es muy distinto a lo que uno recuerda que sucedió.

Hasta ese momento yo siempre terminaba las sesiones con la certeza de que no habían quedado



dudas del tema, hasta que observé un video que demostraba lo contrario. No fue agradable descubrir que yo recordaba algo diferente a lo sucedido. El horror de no saber cuántas veces había acontecido lo mismo sin que yo me hubiera dado cuenta, se hizo presente.

El docente da por hecho que el alumno aprende, incluso me gustaría suponer que ése es el objetivo de todo maestro. Y el análisis de un registro brinda al docente la oportunidad de “observar” los procesos de aprendizaje que verdaderamente sucedieron, qué fue lo que los ocasionó, o qué acciones los inhibieron, entre muchos otros aspectos. El análisis de los datos recabados permite ampliar la visión del docente, permite observar más allá de lo que se considera obvio, con la intención de encontrar una línea de transformación de la práctica educativa.

Esto no significa que el docente pueda empezar a intervenir su práctica únicamente hasta que ha realizado un análisis exhaustivo. En realidad experimentará la necesidad de realizar

transformaciones desde el momento en que comience a elaborar el registro, pues a partir de la transcripción de lo hechos podrá identificar algunos aspectos que tal vez desee modificar de su práctica.

Cambiar paradigmas

Una vez que el docente ha realizado los registros correspondientes y revisado detenidamente lo sucedido en el aula, tendrá la oportunidad de decidir qué aspectos de su práctica desea transformar; sin embargo, transformar la práctica requiere un cambio desde el interior del propio docente.

Romper el paradigma de nuestro estilo docente no es tarea fácil, la primera vez que me presenté ante mi grupo con la intención de desarrollar la clase con el uso de la pregunta, tuve la certeza de que no funcionaría y de que tendría que explicar el tema nuevamente. Sentí temor de fallar como maestra, de fallar ante mis alumnos.



“Escritura”, A. Porres, 2005. Concurso de Fotografía Digital INICO.



La idea de enfrentar un salón de clases con una pedagogía que nunca antes se ha utilizado, naturalmente conlleva un estado de ansiedad y de enfrentamiento personal. Pero es mediante el cambio de sus propios paradigmas que el docente puede transformar su práctica y superarse a sí mismo. Esta experimentación de nuevos modelos es lo que le brinda la oportunidad de decidir en qué dirección desea continuar con su labor docente.

Esa misma apertura a nuevos esquemas permitirá reiniciar el ciclo, con la finalidad de encontrar cada vez más y mejores oportunidades de transformación. Pues una vez que se ha decidido intervenir la práctica, será difícil no transformarla de manera continua. Yo misma no he podido detener mi proceso, a pesar de que inició hace cuatro años, pues siempre descubro aspectos nuevos e interesantes para mí.

Llevar a cabo un proyecto de recuperación e intervención es, por tanto, equiparable a una espiral de superación profesional, y por qué no decirlo, personal. Pues tal vez el magisterio es uno de esos ámbitos en los que la línea entre el aspecto laboral y el personal es casi imperceptible.

¿Por qué iniciar?

Si usted todavía está leyendo estas líneas seguramente se preguntará qué clase de persona estaría dispuesta a realizar toda esta labor con la única finalidad de ayudar a alguien a aprender.

En lo personal considero que se requiere compromiso y perseverancia para involucrarse en un proceso de recuperación e intervención de la práctica. Si usted considera que la manera en que

se ha practicado la docencia durante los últimos 50 años debe continuar sin modificaciones, tal vez esta experiencia no sea para usted. Pero si, por el contrario, usted está interesado en transformar su práctica educativa, lo invito a experimentar este proceso con la finalidad de comprenderlo y vivirlo a plenitud. Le aseguro que los beneficios serán no solamente para usted en su labor como docente, sino para el aprendizaje de sus alumnos. Trascienda su bitácora si es que lleva una, o anímese a iniciar este proceso desde cero; las ventajas que brindará pronto serán evidentes.

Recomendaciones bibliográficas sobre este tema:

- Bazdresch, M. (2000). *Vivir la educación, transformar la práctica*. Jalisco: Secretaría de Educación Jalisco.
- Mejía, R. y S. Sandoval (2002). *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*. Jalisco: ITESO.
- Woods, P. (1989). *La escuela por dentro*. España: Paidós.